

## Nariz de payaso

**Esther Amable**

Como me pediste, escribo.

Quizás ayude, dijiste, y yo quiero estar mejor, sentirme mejor.

Me diste algunas consignas: que cuidara el lenguaje, que usara sinónimos y no malas palabras, que mantuviera cierta distancia de mí, como si me observara a través de un vidrio y que te enviara cada día lo escrito por mail.

Me amenazaste: advertiste que de no hacerlo, de no cumplir con esta tarea, no volviera a la sesión y que cuando no pudiera escribir, porque la angustia o la ansiedad fueran muy grandes, lo dejara expresado en cursiva. Mínimamente bosquejado, dijiste, la sensación que tuviera, o la descripción de la situación.

Que insistiera, eso lo recalcaste varias veces, hasta que pudiera continuar con el relato.

Escribo:

## Nariz de payaso

Los olores hablan. Afirman sin dejar lugar a dudas.

Ejemplos: el olor a asado habla de gente reunida, de familia, mientras que el otro, que se cuele y escapa a la vereda, habla de una mamá. Y además específica: algunas son mamás viejas. Uno no tiene que conocerlas, no tiene que ver para saber que en esa casa, que huele a “esa” salsa o estofado, vive una abuelita. El olor a lavandina habla de limpieza y el de creolina, a verano. Hay algunos que están más definidos: hay cierto olor a cloro mezclado con

vapor que es propio de pileta de natación de invierno, y habla de soledad, de cierto tipo de silencio amortiguado. La inundación tiene un olor característico mezcla de humedad y cosas podridas, y habla de desolación y abandono. La mugre tiene olor a humo y kerosene, y muchas flores, a velorio. Esperanza, el pueblo, aquel de entonces, huele a curtiembre, a gringo que pone el lomo. El hospital Iturraspe olía a las monjitas y a la hermana Agustina en especial, a sus retos y su compasión. El café con leche huele a mañana de invierno, temprano, cuando aún es oscuro. El humo del tabaco mezclado con el rancio del alcohol, a noche de juegos, cartas o billar, el mate cocido con pan, a fin de mes mientras que el pan con manteca a chicos transpirados de jugar en la vereda, hablan de la alegría y la salud. El maní con chocolate cuenta de películas en el continuado del domingo, y el rouge, a besos. El olor de las milanesas de pescado habla de doña Carola, de sus rezongos en verdad, para que comiéramos cosas sanas. Mi papá tenía olor a perfume y tabaco, a día trabajado y cansancio, y fundamentalmente, a protección, a suspiro. ¿Mi mamá? de alguna manera inexplicable reunía todos los olores. Ella era todos. El granizo huele a gladiolos y el olor del circo habla de tristeza.

Una tarde mi mamá nos llevó al circo. Recuerdo que había animales y payasos, colores estridentes y ruidos. Me parece que algún equilibrista allá arriba y malabaristas. No sé si estábamos contentos pero queríamos estarlo, eso es seguro. Mi hermana y yo vestidas casi iguales: polleritas tableadas a cuadritos escocés, la mía roja y la de ella verde, o al revés, hechas por mi mamá. Y unos sacos nuevos de paño, tipo blazer, con botones dorados. El mío era azul y el

de mi hermana rojo (así que mi pollera debía ser la verde) y medias tres cuarto blancas. Zapatos de charol.

También fueron las hijas de Julia y Sergio aunque no debería aclararlo porque siempre era así: salíamos los cinco. Recuerdo que después de comprar golosinas y tal vez gaseosas, la cara de mi mamá comenzó a cambiar: se puso más seria y sólo sonreía cuando la mirábamos pero yo la espiaba sin que se diera cuenta por eso sabía. Insistimos y nos compró unas narices de payasos. Cinco.

Llegamos a casa cuando ya era de noche y como no teníamos que bañarnos nos quedamos calentitas, con camisones y desabillé, el mío celeste y el de mi hermana rosa, o al revés, mirando televisión o quizás leyendo, o haciendo como que leíamos, unos libros grandes y pesados, de leyendas y mitos. Se llamaban "Fabulandia" y tenían unas ilustraciones hermosas. Nos lo había regalado la nona, la mamá de mi mamá. Después tuvimos la colección "Lo sé todo" y con eso las noches, antes de dormir, se hicieron aún más misteriosas. Las revistas Billiken eran otra cosa: eran para leer a la siesta tiradas en el piso. Vivíamos en calle Saavedra, en un departamento al que se entraba por un pasillo con el piso rojo, imborrable. El patio no era grande y encima, y pegado al tapial, bordeando, las plantas innumerables de mi mamá y la pileta de lavar. La cocina y el baño eran muy chiquitos, quizás del ancho de la galería techada pero en la cocina entraba una mesa plegable que usábamos para desayunar antes de ir a la escuela. El dormitorio de mi mamá y mi papá era común: cama, cómoda, mesitas de luz y ropero. A ellos les quedaba espacio, en cambio a nosotras no, porque además de nuestras camas, recostadas sobre la pared,

estaba el juego de comedor, el tocadiscos, la biblioteca detrás de la puerta y el televisor. Cuando nació mi hermano todavía tuvimos lugar para su cama.

Mi mamá seguía seria. Nos preparó de comer y nos acostó temprano, como todas las noches, pero diferente. Cuando mi mamá no reía ni hablaba era un mal presagio. Debe ser por eso que no me dormí. Solía hacerlo: me quedaba en silencio “pensando”. Lo entrecomillé porque en aquel entonces era una actividad programada con entusiasmo, tanto como jugar. Calentita y cómoda en la cama, me daba vuelta sobre la pared para que no me molestara la luz del patio y para engañar a quien pudiera, y miraba de cerca las figuras que se formaban en la pared por la humedad. Recuerdo cuando leí a Juana de Ibarbourou en la escuela: me dio alegría saber que otros, ella, se dedicaba como yo a buscarlas. Me imaginaba historias utilizándolas como disparador, o sencillamente repasaba lo que había hecho durante el día. Antes de dormirme, cuando sentía el sueño acercarse irremediablemente, rezaba mis padres nuestro, como mil, producto de infinidad de promesas realizadas y me dormía. Pero esa noche era distinto: estaba de guardia porque quería saber qué había pasado, que había entristecido a mi mamá. Tendría que esperar, y lo sabía, hasta la noche, tarde, que llegara mi papá de su trabajo.

Aquella noche me entretuve haciendo sombras chinas e inventando diálogos entre las manos hasta que se hizo la hora.

Al ratito que él llegó empezaron a discutir. No escuchaba bien porque las puertas, por el frío, estaban cerradas pero aún así la voz de mi papá, fuerte, casi un grito, se recortaba en el silencio y, atravesando obstáculos, me pegaba en la panza. Decía que era una inconciente, que cómo se le había podido

ocurrir algo así, que no éramos millonarios ni mucho menos y que ella parecía una criatura más. La retaba. Mi mamá hablaba bajito pero creo que lloraba. Entendí que era por las narices de payaso que nos había comprado y que nosotras, mi hermana y yo, habíamos abandonado apenas llegamos del circo. Siempre que pasaba algo así, que discutían, sentía de la misma cosa: una profunda pena por los dos. Tan grande, tan fuerte que no podía evitar llorar pero de otra manera, diferente: sin ruido.

Había reglas: si la discusión llegaba al dormitorio era peligroso, casi insoportable. Yo rogaba que las hojas del diario fueran el único sonido que escuchara. Mi papá, los deportes y la política, mi mamá las secciones de sociales y los avisos fúnebres. En noches normales algún comentario interrumpía el sonido de las hojas del diario pero en general imperaba el silencio hasta que los ronquidos de mi papá daban por terminado el día.

Esa noche la discusión llegó al dormitorio y me asusté: mi papá apenas podía bajar la voz para no despertarnos. Supe que estaba muy enojado entonces empecé a vomitar para distraerlos. Y lo logré.

El olor a vómito, otro ejemplo, huele a derrota y habla de culpa.

Ya no soy aquella niña generosa que salvaba a los padres de las discusiones, pero sigo vomitando. Es la herencia de la infancia, la mochila que arrastro desde entonces. Salí empobrecida de ese tiempo: me gustaba leer y jugar a “pensar” pero ya no puedo hacerlo.

¿Qué fue lo que pasó?

No siempre es fácil comprender.

Los olores que me acunaban, que me hablaban y contaban secretos, que me apaciguaban, comenzaron a ser extraños para mí o mejor dicho: me exilié y todo, hasta los aromas, dejaron de pertenecerme.

*Me cuesta concentrarme.*

*Mi cerebro, pobrecito, tiembla de pánico y se siente amenazado si pretendo enfocarlo en algo concreto. Es una imagen, lo sé. Trata de hundirla, de enterrarla en lo más profundo de la inconciencia.*

*Lo voy a dejar hacer tranquilo, no voy a cuestionarlo porque sé que algo tremendo podría sucederme.*

Desde aquella noche que vomité para evitar que mi papá siguiera enojado con mi mamá, vivo en un baldío nauseabundo y siento constantemente asco.

Vomito casi todos los días. Durante años lo mantuve en secreto, o al menos eso pretendía, ahora, conservando todavía cierto pudor, mi familia está al tanto de lo que sucede. No puedo reprimir el asco.

No es bulimia, yo no me pego ningún atracón y lo mío no tiene que ver con la imagen. ¿Cuál?, si no me miro siquiera en el espejo.

*Necesito un diagnóstico, algo que me asegure que no estoy loca, que no voy a enloquecer. Tengo miedo.*

No pude estudiar ni trabajar: me avergonzaba, me avergüenza, estar con gente, salir de mi habitación. Aquí se conservan las condiciones mínimas para

mi existencia y me quedaría por siempre encerrada. Salvo a veces que un impulso violento y desconocido se apodera de mí (*¡si fuera el diablo, qué bueno sería!*), y me obliga a salir.

Puedo decirlo de otro modo: sucede que de noche siempre me siento más valiente; sobreviví otro día y la gloria o los homenajes me parecen merecidos. Entonces salgo y festejo. Reconozco que ya sé, a estas alturas, que por la mañana la misma pusilánime de siempre estará alojada en mi cuerpo, haciéndose cargo de la vida, de mi vida, pero por la noche me permito la alegría, la diversión. Me ilusiono, como la cenicienta.

Y bebo más de la cuenta, aunque desde hace un tiempo, me han pedido, vos me pediste, que no lo hiciera: por las complicaciones con las pastillas, dijiste, y te hago caso, casi siempre.

Pero antes de salir de mi habitación, de mi casa, prolongo un poco más relato de lo que pasa dentro.

Me gusta la limpieza y como anticipé aborrezco los olores, todos.

No por mi, no sólo, quiero decir, por mi causa, nos tuvimos que mudar. Desde hace años vivimos en una casa antigua y mi habitación es la del fondo. Lo que debía ser un galpón, o un gallinero, fue acondicionada para mí. No tiene ventanas y logré que me azulejaran las paredes. Así puedo limpiar a fondo. Tengo mi propio baño y entrada independiente: desde el frente y por el patio, sin entrar en la casa grande, se llega a mi habitación. Estoy casi siempre sola.

Mencioné que no trabajaba pero no es tan cierto: hace años mi hermana me enseñó contabilidad y me trae los papeles de su empresa. Soy buena en eso,

me gusta y entretiene. Los finales de mes son una bendición para mí porque debo dedicarme durante horas a ordenar las cuentas. A veces no salgo durante varios días y hasta como allí porque no me gusta compartir esa actividad con nadie. Y creo que a ellos tampoco les gusta mi presencia.

*Transito mi vida a los tropezones, golpeándome la frente, el costado, a cada instante, como si el camino estuviera en mal estado, lleno de pozos. Mi terapeuta diría que soy el vehículo. Si es así afirmo: el mío no tiene suspensión. Debido a eso no amortigua un solo golpe. Me golpeo y me duele pero tengo la impresión de que, cuando lo relato, el sufrimiento se diluye y el camino que transito, mi vida, es un desierto plano, siempre igual.*

*Mejor probá de otro modo Ivana, me digo.*

Antes de los seis años: yo era normal. Sensible y quizás demasiado atenta al humor de los que me rodeaban. Era inteligente y vivaz.

6 años: episodio que relaté antes, el de la nariz de payaso. La primera vez que utilicé el vómito para aliviar una situación.

A partir de los 8 años ya no quiero salir de casa. Me descompongo.

A los 10 años, aproximadamente, mi papá renegó de mí.

A los 15 tuve un hijo.

Después: muchos novios pero ningún marido. Y si escribiera a mano, con lápiz, resaltaría con rojo, subrayado varias veces: NINGÚN MARIDO. Y una palabrota. Un reclamo al cielo, a dios, que se olvida de mí. O no: mejor sería que se olvidara, que me ignorara porque está atento y, cuando cometo un error, me pone inmediatamente en penitencia.

Así vivo: en un rincón del mundo, en la esquina más apartada y solitaria, jugando con mis manos y con amigos invisibles que vienen a hacerme compañía.

Pruebo de otro modo:

Me diagnosticaron, siendo todavía una nena, como fóbica, después dijeron que sufría un trastorno obsesivo compulsivo. Más tarde afirmaron que padecía de bulimia y ahora, desde hace un tiempo, me medican sobre la base de ser, o tener, síntomas inequívocos de bipolaridad. Mi terapeuta dice que el suelo sobre el que crecen y se cultivan estos síntomas, es la depresión.

Dice también que es una ensalada que tiene muchos ingredientes y que uno de ellos es la histeria. Una pizca, dice.

*Yo no tengo consuelo ni esperanza, tomo todas las pastillas que me dan, siete por día a los 28 años, y más, unas cuantas más, cuando estoy muy triste y quiero dormirme, pero para siempre.*

Me parece que ahora he podido transmitir mejor mi estado de ánimo, coloreé más prolijamente la vida que llevo.

Y la que llevan los que me rodean, aunque sólo me interesan mi madre y mi hijo. Con mi papá y mi hermano no me hablo desde hace años y con mi hermana, a veces, pero ella no tiene paciencia, tanta paciencia, y termina siempre gritándome aunque después se arrepienta y me pida perdón.

Mi mamá y mi hijo sí me preocupan: soy un problema para ellos y sería mejor que no estuviera. Volverían a reír.

Yo me doy cuenta. A veces comparo las caras que tienen conmigo de aquellas que imagino en las risas detrás de la puerta. Conmigo no se ríen, apesto. Ella lo niega pero la expresión de su rostro no es ni siquiera de aburrimiento, ni de hastío. Es de rechazo, sin dudas Entonces pregunto: lo que se rechaza, ¿no es siempre algo asqueroso? Mi mamá responde que no, y dice que a veces se pretende alejar por miedo y, ¡otra vez!, por aburrimiento, por tedio.

A pesar de lo dolorosas que son para mí estas conversaciones, las provooco. No sólo con ánimo de que mi mamá me convenza, me saque de la cabeza esta idea de que sienten asco por mí, sino porque ¡ay!, no sé como decirlo: es como si creciera, como si yo pudiera ser más adulta después de conversar con ella. Como si existiera esa posibilidad al menos. Vos siempre decís que me garantizás que la madurez será el remedio a mis males: que estaré más serena y segura de mí misma. Más feliz, o conforme. Yo trato, pero mi mamá se opone porque dice que le duele. Y con mi hijo no puedo hablar, no sólo porque apenas viene a visitarme sino porque, porque

*Es imposible avanzar por algunos senderos de mi cerebro. Me topo con murallas altísimas que no puedo flanquear. Tengo la sensación de estar encerrada en un laberinto, doy vueltas y vueltas por los mismos lugares, las mismas imágenes se repiten hasta el hartazgo, pero a la vez me dan seguridad, como si fueran esquinas conocidas y yo tuviera la oportunidad de regresar a mi casa. A mi niñez, a aquella de cuando era feliz. Antes del circo, antes del pasillo de piso rojo, imborrable.*

*Pero nunca llego: algo me amenaza y retrocedo.*

*Y recuerdo lo que leía en los “Fabulandia” y en los “Lo sé todo”. La sección Mitos y leyendas era la que más me gustaba. También leía el diccionario, uno grande y hermoso. He intentado volver a hacerlo. Incluso me traje los libros aquí, están encima de mi cama pero, no sé, siento como si estuviera prohibido para mí la nostalgia, o mejor dicho: revivir aquella época.*

*No es cierto: sucede que debo detenerme en la noche de las narices de payaso. Desde allí el camino se convierte en una pesadilla.*

Hasta los seis años, dicen todos, yo era una nena feliz. Algunas noches, mientras estaba embarazada de mi hijo me sentía igual: sentía que el mundo era un buen lugar para ambos y que íbamos a ser felices.

Del padre casi no me acuerdo aunque en aquel tiempo, antes de quedar embarazada, estaba enloquecida con él. Lo seguía a todos lados, me escapé de mi casa para buscarlo, para que estuviera conmigo. Yo tenía quince años y por eso mi mamá tuvo que denunciarme a la policía. Lo denunció a él, en realidad, pero me trataron mal a mí. Mi papá no se metió, se despreocupó por completo del asunto y fue mi mamá la que tuvo que lidiar conmigo.

*Me dijiste que intentara hasta poder salir del bache pero no puedo, te lo juro. ¡Siento tanta pena! ¿Cómo mi papá no intervino? ¿Sabés cuánto me gustaba que me llevara alzada cuando era chiquita? Íbamos a la casa de una tía los domingos a la noche y, con mis primas nos pintábamos. Cuando llegábamos a la casa de calle Saavedra, ambas, mi hermana y yo simulábamos estar dormidas para que él nos alzara a upa y nos llevara hasta la cama. Recuerdo que le dejaba la marca de rouge en la camisa. Su olor*

*Ahora me descompone.*

*Respiro hondo, contengo el aire como me enseñaste, trago innumerables veces y las ganas de vomitar pasan. ¡Pasan!*

*Por esta vez.*

Cuando estaba embarazada, entonces, fui feliz. Me sentía redonda, *estaba redonda*, completa. Hasta cuando mi hijo nació. Ni la sangre ni la caca fea y negra, nada me hizo sentir nauseas. Le dí de mamar, la leche me salía como la flor de una ducha, y todo, su calor, me hacía sentir bien. Como si tocara el cielo con las manos. Mi mamá me miraba con alegría y esperanzas. Alguna otra vez me miró así: cuando fuimos al acto el primer día de clases de Mariano y después, cuando volvimos: yo me instalé en la casa de ellos para ordenar y preparar las cosas de la escuela o cuando fuimos a un partido de fútbol, el primero, y mi hijo nos saludaba desde el medio de la cancha. Unas cuantas veces.

No me equivoco: conozco sus caras y distingo sus expresiones. Las de alegría y esperanza son diferentes a las de aburrimiento, y a las de asco. Mi hijo, por ejemplo, no me mira a los ojos y mi mamá está siempre seria y se le forma un rictus, una marca cerca de la boca, por fruncirla. Se debe morder el labio.

Otras noches, creyéndome la cenicienta, con mis zapatos negros de charol, ilusionada, he sentido la misma confianza. Como si todo pudiera enderezarse, por fin.

Pero siempre vuelven los vómitos.

Vos me dijiste que los hombres a mi lado estaban condenados a fracasar y que yo hago todo lo posible para que eso ocurra. Me dijiste que soy profunda e intensa y, de muchas maneras, insondable. Odio mi profundidad: quisiera estar casada y tener más hijos como Mariano. Criarlos yo misma, llevarlos a la escuela, jugar con ellos en el parque. Preparar la cena y bañarlos.

Son sólo sueños estúpidos y vos estás equivocada porque es seguro que yo estoy condenada a vivir en el fondo, entre paredes azulejadas, tomando siete pastillas por día para no volverme loca. Tan loca. Más loca. Sola.

Debo seguir escribiendo, eso dijiste. No voy a negarte que me hace bien, me desahoga, pero tiemblo. Entonces me repito hasta el cansancio que esto, como todo lo anterior, no va a servir de nada. Ni las pastillas, nada. Rondan, se acercan al centro, a lo verdaderamente importante, al vórtice del huracán pero son violentamente rechazados, expulsados. Pueden, vos podés, apenas vislumbrar por unos segundos la verdad, el caos. Pero te expulsa. Mi cerebro no quiere entrometidos, ni siquiera con buenas intenciones.

De cualquier modo al espacio con vos no quiero perderlo porque estás interesada en mí bienestar. Y no tengo muchas de esas personas a mi alrededor, ¡al contrario!

Escribo entonces.

Yo quiero hablar de cómo no me quieren los hombres, de cómo me “despierto chupando un palo, sentada sobre una calabaza” y vos no querés.

Si vas a hablar de hombres, dijiste, que sea de tu padre que está bastante borroso. Parece que no querés entender que él lo está también para mí. Borroso, lejano. Hace años que no nos hablamos, ni siquiera me mira. A mi

hijo, a Mariano, me lo robó. Se lo lleva con él al rancho a pescar los fines de semana, lo lleva a fútbol y a la escuela. El chico habla como él y me trata de la misma manera, distante y agresiva.

No quiero a mi papá. Pero lo quería, ¡ay! ¡cómo lo quería! Abrazarlo era para mi como zambullirme en una piscina de agua calentita.

No recuerdo algo en especial, me fui enojando con él paulatinamente. La manera de tratar a mi mamá fue siempre el detonante: yo soy la hija, a mi que me cuide y proteja, que me eduque y rete. Pero el se ensañaba con mi mamá: “esto no está bien y esto, tampoco, así no se hace y así, tampoco”. Ver a mi mamá sufrir, estar siempre en vilo, con miedo, sigilosa para no incomodar, no molestar, no molestarlo con su presencia y sus eternos errores, me enojaba ¡tanto. Él valía a costa de despreciar a su mujer. Él era Gardel, genio y figura, merecía las atenciones y los cuidados de un rey, de un sabio. Recuerdo, cuando era chica, pensaba de él que era como el rey Salomón. Mi papá, ¡eso es!: no es justo, aunque pretenda serlo. Es caprichoso, voluble y cambiante. En definitiva: un egoísta que no quiere que lo molesten. Por eso no me quiere: porque yo lo incomodaba con mis... nanas. Sólo por ese motivo seguiría así. Para cagarlo. Soy la prueba viviente de tu error, le diría, la evidencia concreta y manifiesta, de que no todo, no todos, bailamos al son de tu musiquita.

Me podría haber ido a vivir al Congo para no verlo, estoy segura que dirías, y así no tener que amputar partes de mi ser. ¿Cierto que dirías eso? Y tenés razón.

*Hay más pero no puedo contártelo, no puedo ponerlo en palabras. No puedo dejar que se exprese de ninguna manera. Ahí, ahí, cerca, está la raíz de mi*

*vergüenza. Pero debo alejarme de ese sitio, retroceder, olvidarme de esa esquina, de esa encrucijada de caminos.*

*Pero vos no sos buena ni querés mi bienestar: me llevas al borde del precipicio, me arrojas a la jaula de los leones.*

*No voy a volver a verte más: sos peligrosa, más que las mudas pastillas. Las generosas pastillas que me adormecen, me arrullan. Eso quiero yo: cariño, atención, cuidado.*

*Ya sé lo que dirías, que todos necesitamos lo mismo: atención. “Ser vistos”, dirías textualmente, pero que no todos estamos dispuestos a hacer locuras, a pagar precios tan altos para conseguir un amor, agregarías.*

*Evidentemente, yo sí.*

*Y si tengo que pagar con llanto, con lágrimas de sangre la ilusión de una noche, la pagaré.*

No dramatices Ivana. No te expreses de ese modo que quedás prisionera de tus palabras.

Al final las pastillas hacen su efecto, ¿viste? Me lanzo despacito desde la cumbre más alta, desde la exaltación más sublime. Con cuidado de no golpearme tanto, igual me embarro en el charco de porquería del fondo del pantano, como un cerdo inmundo.

¡Basta Ivana! Sin adjetivos, sin utilizar imágenes humillantes ni despampanantes.

Lo repetís continuamente: “ponete freno Ivana”, pero no entendés que son como los pujos del parto: imparables.

Respiro hondo, cien veces. Me tranquilizo.

Y no vomito.

Sigo escribiendo, de cualquier modo, ¿qué otra cosa más interesante tengo para hacer?

Se me ocurren unas cuantas: enamorar a un chico, por ejemplo o pensar en mi hijo; Mariano pero mejor en él no pienso. Sé que prefiero llorar por todos los hombres (que entonces para vos son ninguno) y no por mi hijo y la vida que le doy.

Quiero hablar del amor y del momento de enamorar a un hombre, repito,

Y no lograrlo dirías y tenés razón.

Insisto y también te obedezco: comienzo por diferenciar, o discriminar, como decís, una cosa de la otra. Una es la intención, preciosa, y la otra el resultado: horrible.

El momento de enamorar a alguien, hasta el primer beso, para separarlo por etapas, es adorable. Vestirse y pintarse se convierten en actos mágicos, de película. En esa etapa soy una princesa, sin lugar a dudas. La cenicienta. Ninguna como ella describe mejor la situación: la ilusión sí, y la oportunidad real, largamente añorada, de cumplir un sueño.

La segunda etapa es vertiginosa: averiguar sus intenciones, creer que puedo dar el perfil por él buscado e imaginado.

La tercera es estimulante: el momento del sexo. Gustarle en privado, desnudos (aunque es una forma de decir: ya te conté que nunca me desvisto por completo. Me moriría de vergüenza).

La penúltima me tiene de espectadora aterrorizada: ¿salta de la cama, cierra la puerta del baño, me besa distraído o no llama por la mañana temprano? Preguntas que me tienen en ascuas, detalles de los cuales depende mi vida. Al llegar a la última ya estoy hecha un desastre. mis nervios me han convertido en un despojo y el maquillaje ha dejado una sombra en mi cara. Soy una zombie.

Pero vos y mi mamá ya conocen el ciclo de memoria. Y están aburridas de mis sonrisas y de mis lágrimas. No creen ni en unas ni en otras.

Durante un tiempo te preocupabas más por el tema, proponías estrategias, hacías planes que yo debía cumplir al pie de la letra.

Jugar con la ausencia y la presencia, la luz y la sombra. Dar y recibir. Flexionar y estirar. Miles de polaridades que sacabas de una galera mágica y nos hacía reír a ambas.

Creías que algo debía aprender de estas relaciones.

Te preguntabas cuál sería el mensaje que debías ayudarme a descifrar. Decías que insistirías hasta dar en la tecla, hasta tocar aquella nota que se escurre, inaprensible, leve. Pero hermosa.

De alguna manera eran lindas esas sesiones de investigación y análisis detectivesco.

No había mensajes, no había secretos que descubrir. Sólo la repetición monacorde y automática de gestos que me hundían en la desesperación. Eso dijiste. Me dolió y te diste cuenta, quizás por eso agregaste que deberíamos esperar hasta que fuera ya mayor, hasta que estuviera fea y arrugada para que

empezaran a ralear los hombres. Quizás en ese momento podríamos centrarnos en mí y no en la imagen que de mí tuvieran los novios. Mientras tanto que me cuidara, que no me creyera ni lo lindo ni lo feo, ni lo bueno ni lo malo. Todo pasa, dijiste.

Y si me cansaba, siempre podía recurrir a la abstinencia, que de cualquier modo era lo aconsejable en estos casos, dijiste. Mencionaste algo más acerca de mi compulsión a ser para el otro, al deseo convertirme en objeto de deseo del otro. Hablaste de adicción y de juego patológico. Me dolió pero no quiero detenerme en eso ahora, *(y que conste que renuncio a la queja y al sufrimiento (jajaja))*, para ir a otro sitio *(hoy estoy especialmente valiente y osada)*, más importante, o estructural: la cuestión del empacho.

Y aquí me pongo sería porque el tema lo merece. Dijiste que quizás, y sólo quizás, me empachara de esa situación y en algún momento desistiera de sufrir derrotas y desengaños, ¿Quién sabía a ciencia cierta cuál era mi destino? Quizás se precisaban mil hombres para sanar una herida o quizás, buscaba repetir una mirada, reeditar una mirada que en mi niñez me marcó, me dejó una profunda cicatriz. En todo caso, y si me cuidaba con profilácticos y pastillas anticonceptivas, no habría que sufrir ninguna pérdida irreparable. Lo máximo que podía suceder es que me empachara de hombres, me hastiara de experiencias inútiles y frustrantes. Había que esperar que algo en mí actuara como el hígado y me explicaste que tiene esa facultad: la de mostrar asco para alejarnos de algo que nos podría, o pudo, causar mal.

Relataste una experiencia personal de cuando vos misma eras chiquita y tu mamá te obligó a compartir con tu hermana un turrón de maní. Recordaste que

vos no querías convidarla: te lo habían regalado en la escuela al finalizar el primer grado. ¡Era tuyo! En correspondencia con tus propios y únicos méritos. Tu hermana insistía llorando, hasta que tu mamá te ordenó convidarla. Se lo diste pero, a partir de ese momento, sentiste náuseas de todos los turrónes de maní que se cruzaron por tu vida. Y durante años, hasta que el problema con tu hermana fue solucionado.

Me dio esperanzas. Por primera vez sentí que había legítimas razones para esperar una salida. Había una puerta, al final existía la dichosa puerta, que me conduciría a otro lado, me indicaría otro camino a seguir. Me gustó y te confieso que se convirtió en la último pensamiento antes de dormirme: ese capaz de inducirte a un sueño reparador.

Sé que no das puntada sin hilo y que al mencionar el empacho, inocente e infantil, y al asco que sobrevendría si la vida es buena y justa conmigo, hacías alusión a mis vómitos.

Sé que, por la tangente, me llevas imperceptiblemente de las narices, hasta el síntoma que me inhibe y paraliza, el síntoma alrededor del cuál he construido mi vida.

Te deseo suerte en tu empresa. Realmente.

Ojalá fueras cual la Psiquis del mito y contaras con dos panes para enfrentarte con mi perro de tres cabezas, Cerbero, que cuida la entrada del mundo subterráneo. O fueras Orfeo y obtuvieras el permiso de los dioses para ingresar al Hades.

Hablo de mi cerebro, claro, ¿o será que el hígado ha tomado la batuta de mi vida? De cualquier modo yo te voy a recomendar, voy a pedirles encarecidamente que te dejen entrar y, como a Eurídice, me puedas rescatar y llevar con vos.

No quiero vivir más en este infierno.

Quiero sentir la paz y la suavidad de una mano en la mía. No quiero sentir más miedo y no quiero ser un tormento para quienes amo.

Tengo paciencia y alguna esperanza, y a veces logro equilibrar la balanza que en el otro platillo soporta toneladas de desesperación y temor.

Nos vemos el jueves.